

nuestra América

por Daniel WAKSMAN SCHINCA

ATLANTICO SUR.—La incorporación de la Argentina al bloque de países sudamericanos gobernados por dictaduras militares de orientación pro norteamericana y anticomunista, que ya integraban Brasil, Chile, Uruguay, Bolivia y Paraguay, está dando lugar a significativas reevaluaciones de la situación regional por parte de los especialistas en geopolítica (esa "ciencia" que últimamente ha vuelto a ponerse de moda). Al mismo tiempo, el resultado de la guerra en Angola plantea a los estrategas norte y sudamericanos serias preocupaciones en cuanto al futuro del Atlántico austral, donde temen ver aparecer, poco a poco, una presencia soviética que ya se ha tornado relevante en el Índico y en el propio Mediterráneo.

Es en este contexto que tuvo lugar días atrás el viaje a la Argentina del ministro de Marina brasileño, almirante Geraldo Azevedo Henning. Este fue recibido con todos los honores por las más altas autoridades del nuevo régimen, visitó varias bases navales y se reunió con sus colegas argentinos y también con dos altos oficiales de la marina norteamericana (los almirantes James Sagerholm y George Ellis, titular y jefe saliente del Comando de la Fuerza del Atlántico Sur de los Estados Unidos, que se encontraban en Puerto Belgrano preparando las próximas maniobras "Unifas", que se realizarán en septiembre). Al parecer, las conversaciones estuvieron centradas en el tema del Atlántico sur, circulando insistentes versiones de que incluso se estaba discutiendo ya la celebración de un futuro tratado militar regional. "Tal vez en el horizonte se halle una suerte de OTAN austral sin participación norteamericana", anotaba en un comentario publicado el día 9 en *La Opinión*, de Buenos Aires, el columnista Enrique Alonso. Hay que interpretar, desde luego, que al decir "sin participación norteamericana", Alonso quiso referirse a la posible ausencia formal de los Estados Unidos en esta alianza, porque de hecho los norteamericanos desempeñan en esta operación diplomático-militar un papel absolutamente protagónico.

"El Atlántico sur —enfataron en esos días los diarios argentinos, reflejando preocupaciones del gobierno militar del país— no se encuentra en la zona de influencia de la OTAN, y sólo tres países occidentales pueden mantener vigilancia en esta inmensa área: Argentina, Brasil y Sudáfrica". Ahora que estos tres países ribereños del Atlántico austral (a los que hay que sumar al Uruguay, cuya importancia es sumamente secundaria) se encuentran sometidos a gobiernos de orientación afín, entre los que existe indisimulada simpatía mutua y que están estrechando relaciones en todos los campos, parece bastante plausible que Pretoria, Buenos Aires, Brasilia y Montevideo quieran constituir una alianza regional con el objetivo de "preservar al Atlántico sur de la influencia comunista".

Vale la pena anotar que estos planteos, que sin duda revalorizan la importancia de las rutas marítimas australes y en particular la que conectan ambos océanos por el cabo de Hornos y el estrecho de Magallanes, se producen en un momento en que la otra comunicación interoceánica —el canal de Panamá— pasa a constituirse en el máximo foco de tensión internacional del continente. En esta conjetura favorable, los militares argentinos buscan sin duda en el Atlántico sur una oportunidad de desempeñar un papel cada vez más importante en el contexto americano, donde su posición se había ido deteriorando en los últimos años de modo constante, sobre todo con relación al Brasil. Es probable que vean aquí, asimismo, una ocasión para vigorizar su vieja reivindicación de las islas Malvinas, que en el marco de este análisis estratégico adquieren ahora suma importancia. *La Opinión*, periódico que tiene fuentes informativas muy buenas en el ámbito castrense, indicaba hace pocos días: "Los observadores señalan que Washington

estuvo tradicionalmente en este problema el interés de Gran Bretaña, para evolucionar luego a un enfoque más cauto, que pudiera describirse como neutral. Las modificaciones del sistema de poder en la Argentina, en la medida en que reflejen una mayor estabilidad política y económica —dicen los mismos analistas— no pueden menos que continuar influenciando el giro norteamericano".

Se formalice o no la alianza sudatlántica, resulta evidente que los regímenes castrenses del cono atlántico-austral de América tienden a reforzarse cada vez más unos a otros, movidos por una cierta "solidaridad ideológica" (si cabe el término) y muy estimulados a ello por Washington. Los Estados Unidos, que saben que América Latina será su último terreno de repliegue, procuran constituir allí barreras defensivas sólidas. Y es en el casquete austral del continente donde pueden constituir, por ahora, su baluarte más firme.

INSTRUCCION "PENTAGONAL".—En su edición de la semana pasada, publicada con fecha 19 de abril, el semanario norteamericano *U. S. News & World Report* incluye un interesante artículo sobre el adiestramiento de militares extranjeros en los Estados Unidos. Según la revista, que se basa en documentación suministrada por el Departamento de Defensa, alrededor de 18 mil militares de 69 países recibirán este año, en los Estados Unidos, instrucción militar especializada. Los programas son sumamente variados: desde pilotaje de aviones supermodernos hasta técnicas de contrainsurgencia y represión. Los lugares donde se imparten los cursos son muchos. Ejemplos: la base aérea de Lackland (cerca de San Antonio, Texas), la de Fort Knox, etcétera. Según el *U. S. News & World Report*, durante los últimos 25 años han participado en estos cursos más de 260 mil oficiales, procedentes de una gama de países que incluyen desde los de Europa occidental hasta los de Asia, África o las islas del Pacífico austral.

Parece útil registrar las cifras correspondientes a América Latina. Según la información emanada del Pentágono, entre los 22 países que tendrán este año una representación más numerosa en estos programas, aparecen 7 latinoamericanos. En efecto, la lista se inicia con Irán (2 mil 895 oficiales), al que siguen Japón (2 mil 489), Alemania Federal (2 mil 179), Arabia Saudita (mil 435) y Grecia (738). A continuación aparece el primer país latinoamericano de la nómina, que es (obviamente) Brasil, con un contingente de 440 hombres. Su puesto se justifica. Y más ahora, que ha pasado a convertirse oficialmente en "área leader", en aliado privilegiado de los Estados Unidos.

Los otros seis países que envían un número considerable de oficiales son: Colombia, con 364 un dato interesante para quienes pronostican una posible irrupción castrense en el escenario político de ese país); Perú, con 304 (demostrando que la postura nacionalista del régimen de Lima no impide el estrechamiento de vínculos con los Estados Unidos en el ámbito militar y otros); Ecuador, con 246 oficiales; Honduras, con 225; Nicaragua, con 211; y Panamá, con 200.

El artículo menciona a todos los demás países que, aunque con participación menor, están incluidos en estos programas: Argentina, Bolivia, Chile, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Haití, Jamaica, México, Paraguay, Uruguay y Venezuela. O sea casi todos. Excepciones: Costa Rica (que no tiene ejército), Guyana, Surinam, Trinidad-Tabago, Barbados y Cuba.

Según el teniente general Howard M. Fish, de la *Defense Security Assistance Agency*, uno de los más importantes beneficios que ofrecen estos programas consiste en "la oportunidad de influir el pensamiento de los futuros dirigentes de países extranjeros". Está todo dicho.